

estos dos santísimos Corazones; pues uno y otro se hallan afligidos y en la mayor amargura por tí: el de Jesucristo, porque como tu Redentor lo ofrece al Padre por tu salud: y el de María, porque unido con el de su Hijo, también quiere tener parte en la pasión, y ser tu Corredentora.

MEDITACION XC.

CRUCIFIXION DEL SALVADOR.

PUNTO 1.

Considera, que habiendo llegado Jesus al Calvario, exangue, débil y moribundo, abriéndosele de nuevo las llagas, por despojarle de su vestidura, lo obligan á tenderse sobre la cruz; y para fijarlo en ella, sin conmiseracion le taladran sus pies y manos, haciendo entrar en ellas toscos y groseros clavos, á fuertes y reiterados golpes del mazo.

Ponderar, como ya crucificado lo presentaban á la vista de tantas gentes que habia

entonces en Jerusalem; y para asegurar la cruz, la dejan caer de golpe sobre el ahujero que estaba abierto en la roca; causando con este sacudimiento indecibles dolores y acerbísimos tormentos, en todas las partes de su cuerpo. Su propio peso rasgaba mas las aberturas que habian hecho los clavos; y corria en tanta abundancia la sangre, que tenía el madero, la tierra, y los vestidos de los mismos verdugos que le rodeaban. Los tendones se rompen, las venas se cortan, los nervios se destrozan: ¡ó, quién podrá comprender lo que padece Jesus.

Saca por fruto de esta consideracion, el levantar tus ojos á esa adorable cruz, y mirar en ella, no una serpiente de metal que daba la salud transitoria; sino al original de esa figura; á tu divino Redentor, que te dará una salud eterna.

PUNTO 2.

Considera, la extrema pobreza que sufrió nuestro Salvador: pues cuando su providencia viste de bella pluma las aves, de

escamas los peces, de suave lana y pelo los brutos, y la tierra de yerbas y flores; solo él carece de todo, solo él está desnudo, mirando desde la cruz sortear la túnica que le tegió su pobre Madre.

Pondera, la suma vergüenza que lo afligiría, por estar á vista de tantos pueblos, no solamente crucificado, sino puesto entre dos ladrones, como si fuera el mas criminal y malvado. ¡O cuán á la letra se está cumpliendo la triste profecía de Isaías, en la que se le anuncia: que sería tratado como el oprobrio de los hombres; que cargarían sobre él todas nuestras maldades; y sería contado entre los inicuos, y tenido como uno de ellos.

Sea, pues, fruto de todo lo dicho, el conocer, cómo debes recompensar los beneficios que recibes de tu Redentor. Por tus culpas, dice el Eterno Padre, que ha descargado el azote sobre su Hijo querido: ofrécele al menos en satisfaccion, el aborrecimiento de tu pecado: compadécete de sus acerbos dolores, y consuélalo con el tributo de tus lágrimas.

MEDITACION XCI.

PRIMER PALABRA.

PUNTO 1.

Considera, que no puedes fijar tus ojos en la cima de ese funesto Calvario, sin descubrir allí á Jesucristo elevado entre el cielo y la tierra, manifestando que es el Mediano entre Dios y los hombres, y el que por lo mismo está deteniendo los rayos que dispara la ira del Omnipotente contra esta tierra de maldicion.

Ponderar, la inmensa, inefable y excelentísima caridad que mostró esta vez Jesucristo: porque estando en la cruz, lo rodeaban cruelísimos é implacables enemigos, que en vez de prestarle algun consuelo, mirándole en tantas angustias y desamparo, avivaban mas su rábia, aumentaban sus dicerios, é insultaban su poder y divinidad; pero Jesucristo, como olvidando sus propios tormentos, solamente llama su atencion la ceguedad de estos miserables. Mientras mas le aborrecen, mas los ama; y doliéndose

de ellos, rompe el silencio, y con el clamor mas tierno pide á su divino Padre que los perdone.

Sacarás de aquí, no olvidar esta leccion de tu adorable Jesus. Con su egeemplo te hace ver exáctamente cumplida aquella doctrina admirable, en que á todos nos pide que amemos á nuestros enemigos, y hagamos bien á los que nos hacen mal; y solamente así probarémos, que somos Hijos de tal Padre, y Discípulos de tal Maestro.

PUNTO 2.

Considerar, que esa cruz no solamente es trono donde Jesucristo reina, como canta la Iglesia; sino tambien es la cátedra, como dijo S. Agustin, donde como Maestro da lecciones de una sabiduría que no conoce el mundo: lecciones de una caridad benigna, paciente, que todo lo sufre y lo disimula.

Ponderar, que solo el pedir perdon para los que lo estaban crucificando, sería un acto heroico de caridad; pero Jesucristo, como excediendo á cuanto se puede espe-

rar del amor mas vivo, pasa adelante, y en la oracion que dirige á su Padre, representa en favor de sus enemigos la ceguedad que padecen, y alegando su ignorancia para facilitarles la misericordia, oíd como los disculpa diciendo: *Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen.*

Saca de aquí, el grabar en tu espíritu esta peticion; para que en las injurias que sufras, ú ofensas y agravios que otros te hagan, no acrimines ni exageres su delito, sino que con entrañas de misericordia procures disimular y escusar su falta, como ves que lo practica tu Salvador.

MEDITACION XCII.

SEGUNDA PALABRA.

PUNTO 1.

Considera, que cuando uno de los dos ladrones crucificados con Jesucristo, blasfemaba de él, el otro confesaba su santidad é inocencia, reconocia su soberano y divino po-

der, y suponiéndolo Rey verdadero, sin embargo de verle tan humillado, confiando en su real clemencia le dice: *Acuérdate de mí Señor, cuando estés en tu reino.*

Ponderar que Dios, como escribe Isaías, no encoge su mano, para no volverla á estender, ni cierra de una vez sus oídos para no escuchar los ruegos y gemidos de los miserables. Siempre llega á tiempo la súplica del pecador, como venga acompañada del sincero arrepentimiento. Pocos momentos de vida restaban á ese dichoso ladrón; pero en ellos se convierte, en ellos pide, y en ellos alcanza misericordia. Su confianza lo santifica, su fe lo salva, y apenas concluye su oración fervorosa, cuando el Señor le da un despacho favorable diciéndole: *Hoy serás conmigo en el paraíso.*

Saca de aquí, el poner con el buen ladrón toda tu confianza en Dios, sean cuales fueren tus iniquidades; pues como Rey y Señor de todo lugar y tiempo, podrá volver á tí sus ojos y aceptar tu arrepentimiento, como aceptó el de Dimas. Nunca desmayes, y sin cesar pídele que se acuerde de tí desde su reino.

PUNTO 2.

Considera, que el poder y mérito de la oración, no consiste en rodeos ni aparato de palabras. Pocas ablaron las hermanas de Lázaro, y le alcanzaron una prodigiosa vida: y pocas también profirió Dimas, y logró una dichosísima muerte.

Ponderar lo primero, la excelencia de esta oración, y cuan admirables fueron sus circunstancias: porque Dimas, al mismo tiempo que defiende la santidad de Jesucristo, conoce sus propias maldades, y las confiesa diciendo á su compañero, ser muy justo aquel castigo y muy correspondiente á la pésima vida que habían llevado. Ponderar lo segundo, que sin embargo de suponer en Jesucristo un supremo poder, no le pide el remedio ni el alivio de aquel conflicto en que se hallaba; sino que olvidando lo temporal, fija únicamente su empeño en pedir lo eterno.

Saca, pues, de este acaecimiento el aprecio que merece el bien y felicidad de nuestra alma. Muy poco habría conseguido el buen

ladron, con prolongar una vida temporal, y por lo mismo transitoria. Aprende pues de él á mirar sin mayor interés los bienes perecederos, y á poner, como él, tu mayor empeño en pedir que el Señor se acuerde de tí, y te de la salud del alma.

MEDITACION XCIII.

TERCERA PALABRA.

PUNTO 1.

Considerar, que siendo Jesucristo nuestro Padre, y nosotros sus Hijos, acercarse él á su muerte, era entrar nosotros en horfandad: y deseando remediarla: *Muger*, dice á su Santísima Madre, *ahí tienes á tu Hijo*; señalando á Juan su Discípulo, y recomendándonos á todos en él; significando, que desde aquella hora quedábamos bajo el amparo y abrigo de María.

Pondera ¡hasta qué grado subiría el dolor y aflicción de tal Madre, al escuchar estas palabras, conociendo por ellas la cer-

cana muerte de aquel Hijo divino, tan inocente y tan justo! La faltaba un Dios, y le substituia un hombre: iba á privarse de un Hijo que era su Criador y todo su consuelo; y su lugar iba á ocuparlo una criatura, un Apóstol, y lo que es mas sensible, unos miserables como nosotros, que en lugar de darla alivio en sus penas, no hacemos, con nuestra ingratitud, mas que aumentarlas.

Infiere de esto, el amor que nos tiene Jesucristo, pues rodeado en la cruz de dolores y trabajos, dispone su testamento, y en él se acuerda de nosotros, entregándonos á una tutela tan segura y tan favorable.

PUNTO 2.

Considera, que así como todos, en persona de S. Juan, quedamos recomendados á María; así dejó á María encomendada á nosotros, representados en la persona de Juan. Cuidando de nosotros sus Hijos, cumplió como buen Padre; y cuidando de la mejor de las madres, cumplió como el mas fiel de los hijos.

Ponderar, la sublime dignidad á que esta filiacion nos eleva: porque en el hecho mismo de quedar nosotros entregados como Hijos á María; queda María entregada á nosotros como Madre. Y esto es puntualmente lo que ordenó Jesucristo en su testamento, diciendo á S. Juan, y en él á cada uno de nosotros: *Ahí tienes á tu Madre*; que fué decirnos: yo muero, pero tú harás mis veces, y ocuparás mi lugar. Esa Virgen desamparada es tu Madre: enjuga sus lágrimas, consuélala en su amargura, defiende su honor, publica su santidad, y haz con tus servicios que ella conozca tu amor, y fié su reposo y alivio á tu fiel y amante corazón.

Sacarás por fruto de esto, el llenarte de un gozo y admiracion, que no eres capaz de concebir. ¡Sér por tus pecados la causa de la muerte de ese Dios y de los acerbísimos dolores de la Virgen mas santa, y darte, sin embargo, ese Hijo divino á su misma Madre, para que tambien lo sea tuya! Considéralo bien, y ¿dime si habrá dignidad y satisfaccion mayor que la que disfrutas?

MEDITACION XCIV.

CUARTA PALABRA.

PUNTO 1.

Considerar, que acercándose la hora de nona, y por consiguiente faltándole á Jesucristo pocos momentos para morir, sintió que lo atormentaba una sed tan fuerte, que esforzando sus secos lábios dijo á los que rodeaban su cruz estas tristes palabras: *Tengo sed.*

Ponderar, que eran muchísimas las causas que producian esta dolorosísima sensacion: fué abundantísimo el sudor que sufrió en el huerto de Getsemani; inmensa la cantidad de sangre derramada en el cruelísimo castigo de los azotes, y en la invencion inaudita de la corona de espinas; prolongado el ayuno en que habia estado desde la noche anterior, sin alimento ni refrigerio, que le diese algun reparo; molestísimo el camino hasta el Calvario en lo mas ardiente del dia; todo esto unido á tantos golpes, heridas y agitaciones de su Co-

razon, abrasaba sus entrañas, se secaban sus fauces, y le era indispensable pedir un poco de agua para humedecer aquella lengua, que habia proferido tantas y tan admirables doctrinas para nuestro bien.

Saca de aquí, el tolerar con paciencia las penas que sientas cuando carezcas de lo que deseas. El Criador de las aguas padece sed. ¿Tendrás motivo para quejarte, porque en una ú otra cosa no esté pronto el bien que necesitas?

PUNTO 2.

Considerar, la crueldad de aquellos fariseos, que escuchando la tierna peticion de Jesucristo, mas insensibles y duros que las piedras, léjos de concederle lo que ni á un bruto se le niega, solamente le presentaron una esponja mojada en vinagre, que no produjo otro efecto que añadir amargura á la sequedad natural.

Ponderar, que siendo tal la sed que padeció el Salvador, que pudo decir con el Real Profeta: secóse como el barro cosido mi vigor, y mi lengua se pegó al paladar;

era mucho mayor no obstante la sed que sentia de nuestra salvacion. Tenia sed, dice S. Gregorio, de que nosotros la tuviéramos; esto es, queria que estuviéramos tan inquietos y ansiosos por servir y amar á Dios, como lo está el sediento por llegar al agua. Quería, en una palabra, que sintiéramos aquellas vivas ansias que el mismo Santo David experimentaba cuando decia: como el ciervo desea la fuente de las aguas, así mi alma te desea á tí Dios mio.

Sea digo fruto de lo que has meditado, consagrar á tu Redentor un corazon sensible y agradecido. ¿El tiene vivas ansias de tu eterna salud, y esta es la sed que lo mortifica? Pues empéñate, como que el interés es tuyo, en trabajar en este gran negocio, y así aplacarás ciertísimamente esa gran sed que el Señor muestra en la cruz,

MEDITACION XCV.

QUINTA PALABRA.

PUNTO 1.

Considera que aunque Jesucristo muere por su voluntad, pues nadie tiene poder para quitarle la vida; quiso, sin embargo, que la naturaleza obrara sus efectos: y ésta los obró tales, que no pueden ni aun concebirse la desolacion, amargura y desamparo que padeció en las cercanías de su muerte.

Ponderar, que en esa hora experimenta un desamparo total. Muere como huérfano desamparado, pues su Madre no tiene arbitrios para aliviarlo: desamparado de sus discípulos, que á mas de abandonarle, afligen su Corazon la infame intriga del uno y la infidelidad del otro: desamparado de sus compatriotas, que nunca mas que entónces lo insultan, diciendo, que si es Hijo de Dios, descienda de la cruz: y, finalmente, desamparado al parecer del cielo, que guarda silencio cuando lo ve en tanta desolacion:

por lo cual eleva á su Padre una queja tierna y amorosa, diciéndole: ¡Dios mio, Dios mio, por qué me has desamparado!

Saca de aquí, el sufrimiento y humilde resignacion con que debes portarte, cuando tal vez te veas abandonado de tus deudos y conocidos; sirviéndote de consuelo, ver que por tí padece Jesucristo un desamparo tan grande, que hasta su mismo Padre parece que no escucha sus gemidos, ni atiende á los trabajos y conflictos en que se halla.

PUNTO 2.

Considerar, que aunque un solo suspiro de Jesucristo era mas que suficiente para aplacar la cólera de su Padre, justamente indignado por nuestras culpas; quiso no obstante sujetarse á tan amargo desamparo, para que así aprendiéramos la amargura que debe causar el pecado, y lo mucho que cuesta su redencion.

Ponderar, que esa fuerte desolacion que tanto affige el espíritu de tu Salvador, es el testimonio mas claro del amor inmenso

que Dios te tiene: porque oyendo este tierno clamor de ese Hijo divino, objeto de sus eternas complacencias, se porta como si no lo escuchara, y por tí lo deja beber hasta la última gota de ese cáliz de amargura; con el fin, dice S. Cipriano, de libertarte de las penas eternas, que por tus culpas merecias. Jesus es desamparado, porque tú seas protegido: y el Corazon del inocente Jesus es cercado de tristeza, porque el corazon del pecador logre paz y consuelo.

Infiere de aquí lo primero, la grande obligacion que tenemos todos de consolar á Jesucristo en esa desolacion y desamparo que sufre, pues todos fuimos la causa por nuestros delitos. Y lo segundo, cuan necesario es y cuan debido, que nosotros padezcamos esa desolacion de espíritu, en la que el Señor parece que nos desampara y nos deja, pues mil veces nosotros dejamos á su Magestad.

MEDITACION XCVI.

SESTA PALABRA.

PUNTO 1.

Considerar, que estando Jesucristo bañado en su propia sangre, lleno de heridas desde la coronilla de la cabeza hasta la extremidad de los pies, falto de fuerzas, perdido el color, elevado el pecho, y con todas las señales de una muerte cercana, prorumpió en esta lastimosa palabra: *Todo está ya cumplido.*

Ponderar, que Jesucristo vino al mundo, con el importantísimo encargo de satisfacer á su divino Padre ofendido por nuestras culpas, y verificar la grande obra de nuestra redencion. Obra tan interesante y tan preciosa en el concepto del mismo Redentor, que cuando hablaba de ella, la llamaba con este nombre: la obra de mi Padre. Ella, por tanto, fué siempre el blanco y centro á que dirigió su doctrina, sus egemplos, sus ideas, los movimientos de su Corazon, de una vez, todo cuanto practicó des-

de su concepcion, hasta que espiró en la cruz. Y esto quiso manifestar al mundo, diciendo, que estaba ya todo concluido: esto es, está hecho lo que mi Padre me mandó.

Sacarás de aquí, la diligencia y eficacia con que debes egecutar lo que el Señor te ordene. Su voluntad es el norte de nuestras operaciones; y el cumplirla constituye nuestra justicia y santidad: así lo enseña Jesucristo, pues luego que apareció en el mundo, dijo á su Eterno Padre: ya estoy aquí, y no tengo otro fin, que cumplir tu voluntad.

PUNTO 2.

Considera y admira la verdad que contiene esta sentencia: *Todo está ya acabado*; porque siendo Jesucristo el verdadero Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo; debieron en su presencia cesar y acabar enteramente todos los sacrificios y víctimas antiguas, que no eran mas que su sombra y su figura.

Ponderar, que consumado en la cruz el sacrificio del Cordero Inmaculado, nada fal-

ta ni respecto de la satisfaccion que se debe á Dios, ni por lo que pertenece al perdón que debe alcanzar el hombre: basta para ambas cosas esa sangre preciosa que Jesucristo derrama con tanta liberalidad, para que su Eterno Padre reciba mas honra que la que intentó quitarle la culpa; y el hombre, quede sin comparacion, mas feliz y mas rico, que lo era en el estado de su inocencia.

Saca de aquí, el bendecir incesantemente al Autor de tanto bien; y adorando esa sangre que no solo rompió las cadenas de nuestra esclavitud, sino que nos elevó á tanta dicha, abrasado tu corazon en el fuego del amor levanta alegre tu voz, y canta con la Iglesia: ¡ó feliz culpa que nos trajo tal y tan grande Redentor!